sí, teniéndose por digno de merecerla? Y esta idea, dice San Bernardo, pues suyo es el pensamiento sobre el que venimos discurriendo, no es singular sentencia mía, que es el común sentir de los Padres de la Iglesia. *Non meam sed Patrum sententiam* (1).

¿Que por qué calla María, pudiendo disipar con una sola palabra aquel nublado de tristeza, que ella debía observar en el rostro de José? Porque los misterios de Dios á Dios solo es dado revelarlos. Hablar y revelar el secreto de la Encarnación de Dios en sus entrañas, hubiera sido arrogancia y vanidad. Decir María con sus propios labios que era la Madre de Dios, era cosa que no cuadraba bien en aquella Virgen humildísima, que al sentir en sus entrañas al Verbo de Dios humanado, se anonadó ante el acatamiento divino, y sólo quiso ser su esclava (2). Ser Madre de Dios era obra de la divina *misericordia,* que brilla *de generación en generación sobre los que le temen* (3), y solo Dios debía comunicarlo á José, cuando le pluguiera, por ministerio de los ángeles.

Dios acrisola al justo en la tribulación, pero no le desespera el alma con pruebas insuperables. Y como José fué justo, no fué su amargura el acibar de la desconfianza, sino la pena de dejar la propia imagen de la virtud, mucho más honda que todas las otras penas de este mundo, que tienen su origen en la pérdida del placer, que se disipa como la espuma de la mar, ó en el acabamiento del amor, tan pronto nacido como muerto.

Ni fué la suya la horrible tristeza de los celos, sino la amargura de la perplejidad, de un lado impulsada por su magnánimo corazón, que se dispone á dejar lo que más ama, por no juzgarse digno de merecerlo, y de otro, alentada por su amor y su caridad, que no quieren dejar sola á la inocencia, ni mucho menos entregarla como

(1) Homilía 25, super Missus est.
(2) Luc., I, 38.
(3) Luc., I, 50.

culpable á las saetas puntiagudas de la difamación, sabiendo que estaba limpia de toda culpa.

¡Oh santa pena de José y santísimos temores, con qué alas más poderosas voláis por encima de las penas y desventuras de este valle de lágrimas y tenebroso lugar de nuestro destierro!

II

La Encarnación.

En medio de estos temores dolorosos, que torturaron su corazón como dos ímpetus encontrados, se le apareció el ángel bendito de sus sueños, y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir á María por tu esposa; porque lo que ha concebido en su purísimo seno es del Espíritu Santo. Y dará á luz un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; porque El salvará á su pueblo. Y todo esto ha sucedido así, para que se cumpla lo que el Señor habló por su profeta, diciendo: *He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, que se llamará Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros.*»

Y despertando José del sueño, inundósele el corazón de gozo. Ya Dios envía el Cordero dominador de la tierra (1); ya están para cumplirse las setenta semanas de Daniel y florecida la vara de Jessé. Y esta vara es María su esposa, sobre la que ya se ha verificado el misterio de la santa Encarnación. Si la sospecha hubiera anidado en el corazón de José, ¡cómo llorarían ahora sus ojos raudales de amargura! ¡Cómo se retiraría avergonzado de la presencia de su santa compañera!

Y no llora, sino que el gozo le llena el alma sin nin-

(1) Isaías, XVI.

guna sombra de tristeza, ni de arrepentimiento. Dios le manda no dejar á aquella virgen inmaculada; Dios le constituye su custodio y le nombra guardián de su Verbo aun antes de nacido. De sus labios recibirá el dulcísimo nombre de Jesús; él será el primero que le llamará Salvador del mundo, y el primero que pronuncie aquella palabra inefable, que llenará de alegría la tierra, de ángeles los espacios y de terror los abismos: ¡Emmanuel! Dios con nosotros.

¡Oh! ¡Qué día más venturoso! Su corazón está como un cisne en medio de un lago, y á él van llegando las ondas tranquilas, cada una trayéndole una palabra de gozo en sus murmullos, un aura refrescante de alegría y una diadema de perlas, que se abre y llega hasta sus manos.

Pero el corazón de José no se disipa, ni se engríe con el gozo que le circunda, sino que arrebatado de la fe, el humilde descendiente de David se postra y adora en el seno de María al Dios hecho hombre. José no sueña en los esplendores del trono de Salomón, ni espera las victorias de David, ni mira á la Reina de Sabá, rodeada de las galas del Oriente, venir á postrarse ante el trono de Jesús, ni escucha las bocinas guerreras de Sión resonando vencedoras sobre las llanuras filisteas de Rafaim; solamente piensa que Dios está ya en la tierra y que humildemente se le debe adorar. Aún no lo veía con los ojos corporales, pero sus labios lo bendecían como si lo viese. *Invisibilem, tamquam videns sustinuit* (1). El corazón purísimo de María fué desde entonces para él, como la zarza que ardía sin consumirse en el monte Horeb á vista de Moisés, y tras de la cual escuchaba la poderosa voz de Dios, diciéndole: *Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; he visto la aflicción* (2) de la tierra esclava del demonio y la vengo á libertar.

Ya la casa de José es un trasunto de la alegría de los

(1) Id. Hebr., II, 27.
(2) Exod., III, 6.

cielos. Mientras en el estrecho taller el humilde artesano desbasta la madera, María canta con delicada voz, que contiene juntas todas las armonías de los ángeles, las misericordias divinas sobre la progenie de Adán y el corazón de José, abrasado como un serafín en el amor divino, ofrece á Dios el incienso de su trabajo.

José no busca refrigerio, ni descanso á su sudor entre los huertos de Nazaret, cargados de pomas y de flores; ni en la soledad de los bosques, junto al claro manantial que los riega; ni en la cima de los montes, donde mira las nubes á sus pies; ni en el hogar de sus compañeros, siempre abierto á su virtud, pero no siempre temeroso de Dios; ni donde suenan los tímpanos y salterios de la alegría que disipa al alma; José tiene el aroma de las rosas y el cantar de las aguas, y la hondura riente del valle y el arpa de los ángeles más cerca de sí; José no abandona su casa, porque *allí está su tesoro y allí está su corazón* (1).

¡Oh vida escondida en Cristo, más dulce que toda otra dulzura, más suave que todo otro placer, más segura que la torre de David rodeada de baluartes. ¡Oh vida donde todo lo concierta el amor, y lo dispone la justicia, y lo ejecuta la caridad! ¡Oh vida vital origen de todo bien, mantenedora de la virtud, repartidora de dichas y acabamiento de todo mal, por ti dejará el cortesano los palaciegos placeres, el guerrero las lides injustas de la ambición, el tirano pondrá á sus siervos en libertad, y el lujurioso sujetará los vicios con cadenas! Tú, verdadera vida, tornarás en fortaleza la debilidad de la mujer, harás humildes las arrogancias del varón y tornarás alegres y satisfechos á los descontentos de este mundo. Por ti, el apóstol ganará la pendiente dura de la sierra tras la oveja descarriada, sin cuidarse de los riscos afilados del sendero, y el mártir morirá en la arena bajo las garras del tigre, sin observar la muchedumbre, que vocifc-

(1) Matth., VI, 21.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

rante le insulta y le acrimina, y la hija de la Caridad, pensando en su Jesús, caerá muerta en la batalla entre las filas y á poder de los enemigos de Cristo.

¡Oh, José!, tú eres el primero de los hombres que quiso vivir esta vida y en ella tuvo todas sus complacencias; tú eres el príncipe y maestro de las almas interiores, guíanos por tus senderos y enséñanos á vencer las primeras trabajosas dificultades.

¡Oh!, sí, cristianos, vayamos en pos de José; no nos contentemos con cantar las alabanzas de la vida escondida en Cristo, para piadoso recreo de nuestras almas creyentes; gustemos sus recónditas dulzuras. No nos estemos á orillas de este mar, que nos requiere y nos invita á la vida interior con olas salutíferas que se vienen á estrellar á nuestros pies. Vamos mar adentro, para que de esta manera nos sirva de gozo indecible y de salud el misterio de la Encarnación, como á José. Dios vino al mundo para nuestro remedio, y estando nosotros enfermos y necesitados de medicina, es locura inaguantable que nos estemos con los brazos cruzados sobre el pecho, sin aceptar el remedio de nuestros males.

Ya estamos dentro de la mar; ya estamos dentro de este Ponto de inestinguible dulzura. La tierra se perdió á nuestra vista y desaparecieron hasta las cimas de los montes, desde donde otras veces contemplábamos este océano y nos espaciábamos en la inmensidad de su anchura, llena como de brillantes con los vívidos reflejos del sol. ¿Qué, nos acomete el miedo? ¿Nos marea el abismo de las aguas bullidoras? ¿Tenemos deseos impetuosos de volvernos á la playa? ¡Ah!, también las tribus de Israel, en la inmensidad del desierto, rodeadas de los favores de Dios, sentían el mareo del hastío y se acordaban de las ruines legumbres de Egipto!, y era porque su corazón pecaminoso las alejaba de Dios y las inclinaba y acercaba á la idolatría.

Si en medio de las olas de esta vida nueva nos da miedo su inmensidad, es porque tenemos el corazón apegado á las miserias de la tierra; si la soledad nos aflige, es porque aún suenan en nuestros oídos los cantos de los báquicos placeres; y si en esta soledad nos acomete el recelo y la desconfianza y nuestros temerosos ojos fingen monstruos marinos levantándose acá y acullá, y las ondas, que vienen murmurando celestes y desconocidos amores, nos asustan y aceleran el ritmo de los latidos de nuestro corazón, es porque está manchada el alma de injusticias y no llena de arrepentimiento, y tenemos miedo de encontrarnos á solas con Dios.

Dejemos en tierra las ilusiones de la vida terrenal, la codicia del oro, que seca el corazón, la hidrópica sed de los placeres, los intranquilos sueños de venganza de la ira, la nostalgia punzadora de los banquetes gozados, la amarilla tristeza de la envidia y la desgana de los bienes eternos, y entonces bogaremos en bonanza sobre las ondas interiores de este mar; será la soledad nuestra más predilecta compañera, y el silencio majestuoso del desierto movible de las olas recogerá nuestro espíritu disipado y lo irá preparando para las hondas pláticas con Dios. Que no nos acompañe en esta nueva vida el bagaje de las pasiones de la tierra; sueltos y desembarazados nos quiere el mar, para que no nos sorprendan los vendavales abrazados á aquellos mezquinos tesoros, sino dispuestos á luchar con su bravura y á romper de proa las olas por ellos amotinadas. ¡Oh!, y qué rica es la calma después de vencida la tempestad, y cómo entonces se solaza el espíritu recordando la ayuda de Dios en la pelea, y habla con El sin miedo y se le muestra agradecido y va contando uno por uno los bienes que trajo aparejados para nuestra alma el misterio de la Encarnación.

Sean nuestros dolores y nuestras penas humildes y calladas, como las de José; porque así, á la desventura congojosa sucederá el gozo tranquilo, que vendrá á requerir á nuestras almas, para que hablen con Dios y de

El aprendan las enseñanzas divinas para el arreglo de la vida, que es preparación para el viaje de la eternidad.

¡Oh José! ¡Oh celeste guía de las almas interiores!, la tierra está desolada con yerma desolación, porque no hay ninguno que recoja el espíritu y se dé á pensar en los eternos bienes. *Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde* (1). Ruega al Señor, ¡oh casto esposo de María!, que nosotros gustemos de las delicias de la vida escondida en Cristo y nos volvamos otros tantos apóstoles, que á hora y á deshora increpemos y roguemos al mundo disipado que se *acuerde de sus potrimerías, para no pecar jamás* (2); porque de esta manera, al salvar las almas de nuestros prójimos de la eterna ruina, entraremos gananciosos y acompañados de nuestros amigos en el glorioso festín de la eternidad. Amén.

---

(1) Jerem., XII, 11.
(2) Eccl., VII, 40.

SEGUNDO DOLOR Y GOZO

DEL PATRIARCA SAN JOSÉ

El establo. — Los ángeles.

Si tamen compatimur, ut conglorificemur.
Pero si padecemos con El, es para que seamos también con El glorificados.
(A los Romanos, cap. VIII, 17.)

El dolor es un círculo de hierro que ciñe y aprieta á la humanidad. Nadie se escapa de su circunferencia, y aquel que más se afana en evadirse es el más atraído á su centro. Considerando, pues, éstas como leyes de atracción y repulsión del dolor, podemos decir que la humanidad es á manera de un gigante, que en vano hace esfuerzos supremos por romper los hierros de la prisión en donde gime. Y así como el esclavo, que menos se agita y se revuelve por romper sus inquebrantables cadenas, no sufre en tanto grado como el que inútilmente se maltrata por hacerlas pedazos; así el justo, que sufre con paciencia el dolor, no es tan atormentado, en iguales circunstancias, como el pecador que no quiere llevar sobre sus hombros la cruz del dolor y de por fuerza la lleva. Pero el mundo anda tocado de locura y viene, hace mu-